

**Tour por una narrativa infernal contemporánea.
Reminiscencias del infierno de Dante en la novela 2666, de Roberto Bolaño**

Mauro Alayón
Educación Secundaria

En la literatura latinoamericana y tal vez universal, no hay una narrativa más infernal que la de Bolaño en la supernovela 2666.

En Bolaño la literatura se hace espejo y su estética acostumbra al lector a una realidad cruel, impúdica y condenada en una cárcel de Ciudad Juárez. Los condenados de la cárcel son infernales. En el infierno de Dante las almas son condenadas por pecadoras, en Bolaño por ilegales. Hay una predilección por lo infernal en las cinco partes que integran el volumen. Sus personajes viven sumidos en la violencia, la corrupción, la ambición, la lascivia y la superchería.

El concepto de infierno se asocia en la novela 2666 de Roberto Bolaño más que nada en la parte tercera y la parte cuarta: “La parte de Fate” y “La parte de los crímenes”, en el sentido de que Bolaño nos pasea por un infierno actual; cuando describe a Klaus Haas y al mundo que lo rodea, al igual que cuando muestra otros personajes a lo largo de la narración que se vinculan con el pecado. Un infierno contemporáneo es estar en una cárcel mejicana, en Ciudad Juárez rodeado de narcotraficantes, violadores y asesinos. Es infernal la historia de los condenados y sus compañeros de celda, sus crímenes y venganzas. La literatura se vuelve testimonial y el lenguaje se derrite transformándose en una nueva representación de lo infernal, donde un grupo de gente que en su existencia realiza determinados actos, debe de pagar por un tiempo con la reclusión que se vuelve cruel cuando se degrada al ser humano enfrentándolo a la violencia y al horror.

Hay una estética infernal en la novela por su extensión, su historia, su impacto, su sin igual. Cuando Dante dice “por mí se va a la ciudad del llanto/ por mí se va al eterno dolor” dice algo así como por mí se va a Ciudad Juárez, por mí se va al mundo de 2666 de Roberto Bolaño.

2666 es una obra que participa de un espacio de dolor, vicio y locura porque son sensaciones que abundan en la trama de la historia propuesta por el autor chileno. El dolor está presente en la vida de la ciudad de Santa Teresa, trasunto de Ciudad Juárez, en su atmósfera impune. En el sector titulado “La parte de los crímenes”, se refieren cerca de cien muertes, desde enero de 1993 a diciembre de 1997 de mujeres trabajadoras. Mientras se desplazan a las maquiladoras aparecen violadas y brutalmente asesinadas. No hay ningún culpable, apenas algún sospechoso.

La novela muestra un espacio de horror y locura (en parte también) porque la policía es

corrupta; es el fin de la confianza en la institucionalidad.

Campea la fraudulencia como entre los condenados del octavo círculo y la ira como en el quinto círculo del infierno imaginado por Dante, como ejemplo vale la siguiente descripción que se transforma en una primera parada en este tour por un infierno contemporáneo; cuando luego de un interrogatorio, tras la muerte de Leticia Contreras (prostituta y destacada jugadora de pool) se narra: “A las cuatro de la mañana se llevaron a todo el personal de La Riviera. Por esos días Lalo Cura aprendía el oficio de policía de tráfico. Trabajaba de noche, a pie, y se movía como un fantasma entre la colonia los Álamos y la colonia Rubén Darío, de sur a norte, sin prisas, hasta que llegaba al centro y entonces podía volver a la comisaría nº1 a hacer lo que le diera la gana. Cuando se estaba quitando el uniforme escuchó los gritos. Se metió en la ducha sin prestarles demasiada atención, pero cuando cerró el grifo los volvió a oír. Provenían de los calabozos. Se metió la pistola debajo del cinturón y salió al pasillo. A esa hora la comisaría nº1, exceptuando la sala de espera, estaba casi vacía. En la oficina antirrobo encontró a un compañero durmiendo. Lo despertó y le preguntó si sabía que pasaba. El policía le dijo que había una fiesta en los calabozos y que si quería podía participar. Cuando Lalo Cura salió el policía se había vuelto a quedar dormido. Desde las escaleras olió el alcohol. En uno de los calabozos habían apiñado a unos veinte detenidos. Los miró sin pestañear. Algunos de los detenidos dormían de pie. Uno que estaba pegado a los barrotes tenía la bragueta desabrochada. Los del fondo eran una masa informe de oscuridad y pelos. Olía a vómito. El habitáculo no debía de medir más de cinco metros por cinco. En el pasillo vio a Epifanio que miraba lo que ocurría en las otras celdas con un cigarrillo en los labios. Se le acercó para decirles que esos hombres iban a morir asfixiados o aplastados, pero al dar el primer paso ya no pudo decir nada. En las otras celdas los policías estaban violando a las putas de La Riviera. Quíhuboles, Lalito, dijo Epifanio, ¿le entras a la pira? No dijo Lalo Cura, ¿y tú? Yo tampoco, dijo Epifanio. Cuando se cansaron de mirar ambos salieron a tomar el fresco a la calle...”. Bolaño (2004, p.501). Los círculos del infierno transmiten sensaciones de hacinamiento, claustrofobia y muchedumbre que se conjugan en el fragmento anterior y las imágenes “olió a vomito”, “los miró sin pestañear” y “olió el alcohol” advierten de lo atroz de la situación que protagonizan los condenados. Al igual que en Dante los aullidos y los lamentos definen el presente de la raza condenada.

La novela 2666 participa del vicio porque exhibe como pocas el pecado de la soberbia y la exacerbación del machismo. La soberbia se manifiesta en el fragmento de la cafetería, al exponer el desprecio con que los policías se refieren a la mujer.

También la violencia está presente descaradamente en el esquema mental de los “polis”

Bolaño (2004, p.690) cuando hacen los chistes que se describen en el siguiente pasaje: “A esa misma hora los policías que acababan el servicio se juntaban a desayunar en la cafetería Trejo’s, un local Oblongo y con pocas ventanas, parecido a un ataúd. Allí bebían café y comían huevos a la ranchera o huevos a la mexicana o huevos con tocino o huevos estrellados. Y se contaban chistes. A veces eran monográficos. Los chistes. Y abundaban aquellos que iban sobre mujeres. Por ejemplo, un policía decía: ¿cómo es la mujer perfecta? Pues de medio metro, orejona, con la cabeza plana para tener un lugar donde poner tu cerveza, sin dientes para que no te haga daño (...) Otros seguían comiendo sus huevos y bebiendo su café. Y el que había contado el primero, seguía. Decía: ¿por qué las mujeres no saben esquiar? Silencio. Pues porque en la cocina no nieva nunca. Algunos no lo entendían. La mayoría de los polis no había esquiado en su vida (...) Y otro más, este internacional: ¿por qué la Estatua de la libertad es mujer? Porque necesitaban a alguien con la cabeza hueca para poner el mirador. Y otro: ¿en cuántas partes se divide el cerebro de una mujer? ¡Pues depende, valedores! ¿Depende de qué González? Depende de lo duro que le pegues...”, Bolaño (2004, p.689) del fragmento se desprende una mirada del mundo que incluye la cosificación de la mujer; degradando el género, muestran una conducta grupal de reafirmación de su superioridad para justificar una realidad que vive la comunidad donde la vida de una mujer no tiene valor por lo tanto es posible que sean usadas, violadas y asesinadas impunemente.

Participa de un espacio de locura y constituye una nueva representación de lo infernal porque la existencia del personaje conocido como “el profanador de iglesias” es posible. Este personaje gana atención en “La parte de los crímenes” porque en pocos días se presenta en distintas iglesias de la ciudad de Santa Teresa para ultrajarlas y atentar contra ellas. Para Dante constituye un pecado atentar contra los iconos religiosos. La herejía es un pecado y en esta novela el profanador lo encarna a la perfección. Su actitud viene a decirnos algo así como “me cago en la iglesia católica”, “me cago en Dios”, es la transgresión a los símbolos divinos, se refleja donde se narra: “a finales de mes empezó el caso del profanador de iglesias. Un día un tipo desconocido entró en la iglesia de San Rafael, en la calle Patriotas Mexicanos, en el centro de Santa Teresa, a la hora de la primera misa. La iglesia estaba casi vacía, sólo unas cuantas beatas se apiñaban en las primeras bancas, y el cura aún estaba encerrado en el confesionario. La iglesia olía a incienso y a productos baratos de limpieza. El desconocido se sentó en uno de los últimos bancos y se puso de rodillas de inmediato, la cabeza hundida entre las manos como si le pesara o estuviera enfermo. Algunas beatas se volvieron a mirarlo y cuchichearon entre sí. Una viejita salió del confesionario y se quedó inmóvil contemplando al desconocido, mientras una mujer joven de rasgos indígenas entraba a

confesarse. Cuando el cura absolviera los pecados de la india empezaría la misa. Pero la viejita que había salido del confesionario se quedó mirando al desconocido, quieta, aunque a veces apoyaba el cuerpo en una pierna y luego en la otra y esto la hacía dar como unos pasos de baile. De inmediato supo que algo no estaba bien en aquel hombre y quiso acercarse a las otras viejas para advertírselo. Mientras caminaba por el pasillo central vio una mancha líquida que se extendía por el suelo desde el banco que ocupaba el desconocido y percibió el olor de la orina. Entonces, en vez de seguir caminando hacia donde se apiñaban las beatas, rehízo el camino y volvió al confesionario. Con la mano tocó varias veces en la ventanilla del cura. Estoy ocupado, hija, le dijo este. Padre, dijo la viejita, hay un hombre que está mancillando la casa del Señor. Sí, hija mía, ahora te atiende, dijo el cura. Padre, no me gusta nada lo que está pasando, haga algo, por el amor de Dios. Mientras hablaba la viejita parecía bailar. Ahora, hija, un poco de paciencia, estoy ocupado dijo el cura. Padre, hay un hombre que está haciendo sus necesidades en la Iglesia, dijo la viejita...”; Bolaño (2004, p.453) y líneas más abajo se completa la descripción al narrar: “se quedaron inmóviles mirando al desconocido que gemía débilmente y no paraba de orinar, mojándose los pantalones y provocando un río de orina que corría hacia el atrio...” Bolaño (2004, p.454), lo que constituye una nueva reminiscencia al infierno de Dante en la historia de 2666; el profanador es un pecador, encarna a un hereje, si en vida estas son sus acciones deberá pagar luego en el bajo infierno, es un pecador por malicia fruto de la premeditación.

En la narrativa contemporánea “el vicio” es 2666; una atmósfera sombría envuelve la crónica de los crímenes, de sus sospechosos, sus motivos; lo inexplicable de su existencia y lo incontenible de las muertes en el estado de Chihuahua, en la frontera del desierto Mexicano. El vicio es la impunidad; el uso electoral, la justificación de la explosión industrial para que las mujeres vayan a trabajar constituyéndose en mano de obra barata, argumentando que si ellas no quieren caminar temprano, desde sus colonias hasta las maquiladoras, hay otras en Querétaro u otros estados dispuestas a hacerlo. Siempre el poder corrupto y mezquino ha estado rodeado de la mentira flagrante como argumento, al igual que la escena de los policías en la cafetería la mujer es denostada a ocupar un lugar de objeto; sin importarles que a causa de esas condiciones, en cuatro años se encuentren decenas de cadáveres justo mientras hacen el viaje a las fábricas a ocupar sus puestos- según ellos única fuente de trabajo-.

Otra reminiscencia al esquema del infierno creado por Dante hace aproximadamente setecientos años se distingue con la aparición en la novela de Florita Almada. Este personaje nos remite al infierno porque en el octavo círculo Dante describe la condena de los fraudulentos; un

círculo que a su vez se subdivide en diez fosas, donde se alojan distintas especies de falsarios; por ejemplo en la cuarta fosa Dante describe a los adivinos. En 2666 Florita Almada aparece como quien representa este pecado al salir en un programa de televisión que el reportero Fate y el investigador Juan de Dios miran mientras descansan en sus sillones o esperan en la recepción de un motel. En un principio parece casual pero luego su figura adquiere importancia porque es la única que refiere pistas sobre un fenómeno que toca a todos los habitantes de Santa Teresa, ciudad del desierto ubicada a pocos kilómetros de Cananea según se describe. En el esquema de acción de un adivino Florita Almada configura el estereotipo de este pecado, por ejemplo cuando promete y posterga en forma sostenida decir quiénes son los responsables de los asesinatos de mujeres en la ciudad a orillas del desierto, tal vez con el objetivo de alcanzar más audiencia y crecer en popularidad; se refleja en el sector donde expresa: "... por aquellos días apareció en la televisión de Sonora una vidente llamada Florita Almada, a la que sus seguidores, que no eran muchos, apodaban la Santa. Florita Almada tenía setenta años y desde hacía relativamente poco, diez años, había recibido la iluminación. Veía cosas que nadie más veía. Oía cosas que nadie más oía..." Bolaño (2004, p.535).

La lujuria es otro pecado que figura en la narración y nos remite al segundo círculo, uno de los pecados del alto infierno en la idea del autor de "La vita nuova" (1292). La diputada Esquivel Plata por ejemplo, y su irrupción en el texto advierten cómo la influencia de los malefactores carnales se hace presente en este mundo de 2666 que se puede observar cuando se describe el cambio de vida de la diputada y porque ha decidido tomar las riendas de los negocios de su familia. La cita que transcribimos procura dar sentido a esta idea: "...A los diecinueve años empecé a tener amantes. Mi leyenda sexual es conocida por todo México, pero las leyendas nunca son ciertas y menos que en ninguna otra parte en México. La primera vez que me acosté con un hombre fue por curiosidad. Tal como lo oye. Ni por amor ni por admiración ni por miedo, que es por lo que suelen hacerlo el resto de las mujeres. Me hubiera podido acostar por lástima, porque en el fondo aquel chavo con el que cogí por primera vez me daba lástima, pero la mera verdad es que lo hice por curiosidad. Al cabo de dos meses lo dejé y me fui con otro, un pendejo que creía que iba a hacer la revolución. México es pródigo en pendejos de este tipo. Muchachos de una estupidez supina, arrogantes, que cuando se encuentran con una Esquivel Plata pierden el sentido, se la quieren coger de inmediato, como si el acto de poseer a una mujer como yo equivaliera a tomar el Palacio de Invierno. ¡El Palacio de Invierno!" y luego agrega "Ellos, que no son capaces ni de cortar el césped de la Dacha de verano! Bueno, a este también lo dejé pronto, ahora es un periodista con cierta

reputación que cada vez que se emborracha cuenta que fue él el primer amor de mi vida. Los amantes que vinieron después los tuve porque me gustaban en la cama o porque me aburría y ellos eran ocurrentes o divertidos o tan raros, tan infinitamente raros, que sólo a mí me hacían reír”. Bolaño (2004, p.749)

Los condenados en la cárcel de Santa Teresa junto al personaje Klauss Hass- un alemán detenido como único sospechoso de los crímenes- representan el horror; pecadores por incontinencia y por malicia; seres que nacen en un mundo putrefacto, degradado y que su destino es vivir en el pecado. Una estética sórdida predomina en algunos sectores de la novela, alcanza el umbral de violencia en el sector quizás más visceral (intenso) del libro. En el micromundo de la celda de Klauss Hass la grafopeya se mixtura con la etopeya nutriendo la idea de que la representación de un infierno contemporáneo en la novela 2666 no es ociosa; se evidencia en el sector donde se transmiten en forma lisa las siguientes acciones: “Hass compartía la celda con otros cinco reclusos. El que mandaba era un tipo llamado Farfán. Tenía cerca de cuarenta años y Haas nunca había visto un tipo más feo. El pelo le crecía desde la mitad de la frente, tenía ojos de ave rapaz puestos como al azar en medio de una cara de filiación porcina. Era panzudo y olía mal. Tenía un bigote ralo, que crecía de forma desapareja y al que se le solían adherir restos minúsculos de comida. Las raras ocasiones en que se reía lo hacía como un burro y sólo en aquellos momentos su rostro parecía soportable. Cuando Haas llegó a la celda pensó que no tardaría en meterse con él, pero lo cierto es que Farfán no sólo no se metió con él sino que parecía perdido en una especie de laberinto, en donde todos los presos eran figuras inmatriciales. Tenía amigos en la crujía, otros tipos duros que lo utilizaban como valedor, pero solo buscaba la compañía de un preso igual de feo que él, un tal Gómez, un tipo delgado y con cara de lombriz, que tenía un lunar del tamaño de un puño en la mejilla izquierda y ojos vidriosos de drogado perenne. Se solían ver en el patio y en el comedor. En el patio se saludaban con un movimiento de cabeza y si bien participaban de corros mayores, al final siempre se despegaban y terminaban tomando el sol apoyados en la pared o caminando ensimismados de la cancha de básquet hasta la reja. Entre ellos no hablaban mucho, tal vez porque no tenían demasiadas cosas que decirse. Fáfán, cuando entró en la cárcel, era tan pobre que ni el abogado de oficio lo iba visitar. Gómez, que estaba allí por robar camiones, sí que tenía abogado, y después de conocerse consiguió que su abogado tramitara los papeles de Farfán. La primera vez que se enularon fue en una de las dependencias de la cocina. De hecho, Farfán violó a Gómez. Lo golpeó, lo arrojó contra unos sacos y lo violó dos veces. La rabia de Gómez fue tan grande que intentó matar a Farfán. Una tarde lo esperó en la cocina, donde Farfán trabajaba lavando

platos y acarreado sacos de frijoles, y trató de apuñalarlo con un punzón, pero a Farfán no le costó mucho reducirlo. Volvió a violarlo y después, mientras aún mantenía a Gómez debajo de su cuerpo, le dijo que una situación como esa tenía que acabar de una forma o de otra. Como compensación se prestó a que Gómez lo enclara. Es más, le devolvió el punzón en prenda de confianza y luego se bajó los pantalones y se dejó caer en el jergón.” Bolaño (2004, p.609); aunque lo referido pueda imaginarse como una escena cotidiana o típico de una cárcel en distintas partes del mundo, representan la quintaescencia del pecado, son ladrones que en su condena se transforman en violadores por lo tanto pecadores; lujuria y violencia se unen haciendo difusos los límites para saber que pecado predomina sobre el otro. Se confirma en el fragmento posterior cuando se completa la descripción sobre su vínculo y se cuenta: “Como Farfán era el más fuerte, en ocasiones obligaba a los otros a abandonar la celda. Al poco rato aparecía Gómez y se ponían a coger y luego, cuando ambos habían acabado, se ponían a fumar y a hablar o permanecían en silencio, Farfán acostado en su camastro y Gómez acostado en el de otro recluso, mirando el techo o las volutas de humo que salían por la ventana abierta...”. Bolaño (2004, p.610) La imperfección, el padecer al otro (en las condenas se forman mini-sociedades entre iguales); el deterioro físico, el deterioro espiritual y el encierro son características que comparten la descripción de los círculos del infierno y la narración evocada antes, constituyéndose en un paralelismo entre las escrituras infernales.

En el final, una última reminiscencia al infierno y a los pecadores del séptimo círculo -Dante ubica allí a los homicidas- está representada en la novela 2666 en la espeluznante escena de la lavandería, cuando un grupo de presos (los caciques) son encerrados tras la muerte de la hija de “un hombre que tenía dinero” Bolaño (2004, p.656), quien encarga matarlos movido por un sentimiento de venganza. Asistimos a este momento donde se describe “... al octavo día de estar en la cárcel los atraparon a los cuatro en la lavandería. De golpe, desaparecieron los carceleros. Cuatro reclusos controlaban la puerta. Cuando Haas llegó lo dejaron pasar como si fuera uno más, uno de la familia, algo que Haas agradeció sin palabras, aunque él nunca dejó de despreciarlos. Chimal y sus tres carnales estaban inmovilizados en el centro de la lavandería. A los cuatro los habían amordazado con esparadrapo. Dos de los caciques ya estaban desnudos. Uno de ellos temblaba. Desde la quinta fila, apoyado en una columna, Haas observó los ojos de Chimal. Le pareció evidente que quería decir algo. Si le hubieran quitado el esparadrapo, pensó, tal vez hubiera arengado a sus propios captores. Desde una ventana unos carceleros observaban la escena que se producía en la lavandería. La luz que salía de aquella ventana era amarilla y débil en comparación con la luz que irradiaban los tubos fluorescentes de la lavandería. Los carceleros, notó Haas, se habían quitado las gorras. Uno de

ellos llevaba una cámara fotográfica. Un tipo llamado Ayala se acercó a los Caciques desnudos y les realizó un corte en el escroto. Los que los mantenían inmovilizados se tensaron. Electricidad, pensó Haas, pura vida. Ayala pareció ordeñarlos hasta que los huevos cayeron envueltos en grasa, sangre y algo cristalino que no supo (ni le importaba saber) que era. ¿Quién es ese tipo?, preguntó Haas. Es Ayala, murmuró el Tequila, el hígado negro de la frontera. ¿Hígado negro?, pensó Haas...” Bolaño (2004, p.652); lo infernal muestra el llanto, el suplicio y la brutalidad a través de la violencia como origen.

En síntesis, Bolaño a través de su proyecto narrativo nos enfrenta a distintos personajes y a escenas donde los pecados señalados en el infierno imaginado por Dante, definen las acciones y los móviles de los protagonistas. Son pecadores eternos, en un mundo de violencia, castigo y opresión. La lectura de la novela por estos tiempos es la poética de la maldad, de un mundo construido sobre los pilares del pecado; también es un viaje a la raza condenada, un infierno; en este caso, en vida. Las escrituras infernales en ambos casos se presentan como textos que provocan pavor y deslumbramiento en el lector porque lo transmitido sacude y ya no se vuelve a ser el mismo. En el caso de Dante la escritura infernal exige la revisión moral del hombre, en el caso de Bolaño el acceso a un submundo poblado de hechos y seres que ya no puedan separarse del camino del pecado y por lo tanto del infierno.

Bibliografía

- Alighieri, D (2002) *La divina comedia*. México, D.F: Océano exprés.
- Bataille, G. (1959) *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus Ediciones S.A.
- Bloom, H. (1995) *El canon occidental*. Barcelona: Anagrama S.A.
- Blixen, H. (1972) *Cantos del infierno de Dante*. Montevideo: Ediciones de la casa del estudiante.
- Bolaño, R. (2004) *2666*. Barcelona: Anagrama S.A.
- Borges, J.L. (2002) *Nueve ensayos Dantescos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Volpi, J. (2009) *El insomnio de Bolívar*. Buenos Aires: Debate.
- Borges, J.L. (2014, Enero). *La Divina Comedia [Conferencia]*. Consultada el 12 de febrero de 2014, <http://youtube.com/watch?v=prNTfDGqdnQ>.